

Elogio del tráfuga

por Jorge F. Hernández

Una vez más quiero poner en tinta mi admiración y gratitud de lector para y con Javier García-Galiano y el editor Marcial Fernández, responsables de la breve, bella y ya indispensable nueva edición con nuevas traducciones de los cuentos de Joseph Roth, titulada Abril y otros cuentos (Ficticia, 2012). Es precisamente por ocurrencia de estos dos amigos que la colección titulada El gabinete de Meister Floh vuela ya con amplio lectorio entre los libros que más regalo, recomiendo, leo y releo. Aquí mismo –y en donde pueda– he recomendado el libro de cuentos La silla de Karpov del propio García-Galiano y ahora lo celebro como traductor y ensayista, pues el placer de este breve aunque abundante volumen de cuentos reside no solamente en volver a andar los relatos de Roth gracias a su traducción como quien deambula senderos de palabras donde las tramas son las anécdotas de todos los días, la miel del amanecer en silencio, sino también descifrar sus párrafos como si fuesen la noche que se recoge en una cola de caballo, las palabras que no se dicen. Hablo de los cuentos de Roth donde los personajes son las caras que ya hemos soñado los lectores de esos sentimientos que se parecen tanto a la neblina que envuelve a los trenes cuando se despiden para siempre los enamorados de antes, el vapor en la madrugada donde sólo se escuchan los pasos de uno mismo que van marcando en medio la noche lo que quedó de una biografía. Son personajes tan palpables como el tedio de los atardeceres sin ilusión alguna, las sobremesas sin conversación, las largas ausencias que se filtran en los jardines por donde de pronto se abre una ventana y se asoma el rostro perfecto de una costurera en Viena, los adoquines que parecen reventarse al paso coreografiado de un batallón de elegantes soldados de plomo y las nubes como lienzo al óleo.

El 30 de mayo de 1939 en el cementerio de Thiais de París, se reunían para enterrar a Joseph Roth un reducido grupo de incondicionales –entre los cuales no descarto

que viajó en el tiempo el propio Javier Garía-Galiano—y se abrió el telón de la inmortalidad. Aunque no sea un escritor de miles de ejemplares vendidos y constantemente se le confunda con autores del mismo apellido y diferentes épocas, Joseph Roth es el entrañable fantasma quizá equivocadamente encasillado como "escritor para escritores" cuando en realidad es el espectro errante de todos nosotros, vagabundo de sus soledades y aquí es precisamente donde cobra un valor adicional la edición que hoy celebro en esta agua: el epílogo que firma García-Galiano con el título "Errancias literarias de un tráfuga" es un óleo en tercera dimensión, una radiografía con textura de fotografía en alta definición. Aquí está Roth el hijo de un Wakefield, el padre Nachum Roth, ausente desde el atardecer de 1893 en que desaparece del hogar familiar y que, luego de un ataque de locura en un tren, aparentemente termina recluido en un frenopático en Alemania y que luego, logra escapar de ese manicomio con el afán de curarse con un rabino milagroso en Polonia y perderse finalmente en Rusia, donde murió en 1910.

Joseph Roth, el hijo de un tráfuga habría de volverse él mismo la adolorida sombra de un gran escritor en busca del sosiego para escribir, pergeñando las horas que le permite la madrugada de todos los días, convertido en lo que García-Galiano resume con tino, como el hombre-escritor Roth que "jugaba a ser varios personajes: el oficial de dragones del imperio austrohúngaro, el judío errante, el judío asimilado que, sin embargo, no renunciaba al yiddish, el hijo ilegítimo, el aristócrata bastardo, el santo bebedor, un rebelde sentimental, el creador de autobiografías, el apátrida" y en las propias palabras de Roth "las calles recorridas son mis años dejados atrás (...) No tengo patria, si prescindo del hecho de que en mí mismo estoy y me siento en casa. Donde me va mal, allí está mi patria. Sólo me va bien en el extranjero. En cuanto me ausento de mí, también me pierdo. Por eso pongo tanto cuidado en quedarme siempre en mí mismo".

Así es: el escritor que parece ausentarse de todo y todos, ausentarse incluso de lo que todos los demás califican como su "mí mismo" en realidad, quizá, no está más que delimitando la verdadera cartografía de sus sentimientos, la geografía del alma, allí

de dónde surge la tinta para que todos los lectores que aún no han descubierto o intentado la circunnavegación de esta inmensa literatura encarnada en un solo autor se lancen al abordaje. Aquí entonces, para quienes lo han leído o quienes no: los cuentos infalibles "Abril. La historia de un amor", "El aplicado", "El busto del emperador" y "La leyenda del santo bebedor" que podría incluso considerarse como novela breve, anhelo de todo borracho, espejo de serenidad para quienes hemos tocado el fondo de nuestras peores pesadillas y reconocemos dolorosamente el triunfo de la derrota más íntima, el silencio que puede ser tan aterrador como el último consuelo posible, la ínfima, mínima o última luz que le llega al escritor en medio de la madrugada o sobre la mesa de mármol de un café bañado en ajeno; allí donde quienes vieron a Roth decían que con sólo estar "escuchándolo no se podía menos que tenerse por testigo del proceso poético. Aquellos momentos parecían casi una indiscreción, como quien presencia un alumbramiento creador. Se veía surgir la intuición y la poesía desnuda y simple".

Concluye con lucidez Javier García-Galiano que "la errancia de Joseph Roth, que sólo en ciertas ocasiones se abrochaba las agujetas de los zapatos, no parece haber concluido". Le seguimos la huella los lectores de la noche, los pastores de nubes, los niños que ya saben que en algún instante de la vida suceden los versos, se dan los poemas, se habla de pasados intactos y se puebla el vacío con las presencias de todos los fantasmas entrañables, los mentirosos que hacen las únicas mentiras que son válidas: esas que llamamos literatura, encarnada por quienes traducen, prologan o habitan los cuentos que nos alivian sólo por hoy la vida.

Periódico *Milenio*, Agua de azar, 21/Mar/13